

LA DIASPORA PALESTINA

Domingo del Pino

La muerte está hoy en mis ojos como el olor
de los nenúfares, como quien se sienta al
borde de la embriaguez.

EGIPTO (*Dinastía XII*)

Hoy, cuando el sol se oculta tras el Huerto de Getsemani, no hay ningún Jesucristo desesperado que invoque a Dios, su padre, para pedir ayuda y consejos. Israel, consciente de su fuerza y poderío militar, no necesita de invocaciones extraterrestres. Además los dioses parecen haber abandonado nuestro mundo definitivamente, y la solución de los problemas descansa en los hombres. Los ojos de Golda, el de Dayan, sólo se vuelven ahora hacia la Casa Blanca. El advenimiento de una nueva guerra posible está presente en los ánimos, pero más importante que el temor a esa guerra, la sensación culposa-edulcorada por una intensa propaganda— de la situación del pueblo palestino, que en pleno siglo veinte vive una «diáspora» moderna. Extraño sentimiento ya experimentado en otras épocas, contra el que siempre se encontró un antídoto eficaz. Los primeros sionistas de fines de siglo pasado lo sintieron: entonces aplacaron sus reticencias bajo el manto engañoso de la superior «labor civilizadora» que ellos iban supuestamente a realizar entre los palestinos. Durante la Segunda Guerra Mundial, la supervivencia

estaba en juego. No era cuestión de detenerse ante problemas de conciencia. 35

Los palestinos han sufrido las consecuencias de las iniciativas sionistas, reflejo de los complejos europeos: colonización, antisemitismo, y posterior remordimiento ante la impasibilidad mostrada frente al genocidio del pueblo judío por la Alemania nazi. La lucha de los palestinos ha llevado hoy la inseguridad al interior de Israel, donde los más avanzados comprenden que ningún pueblo renuncia a sus derechos. Hasta hace unos años menospreciaron la capacidad de autodefensa palestina. Hoy ya saben que sin ellos no hay solución posible. Han surgido en Israel, aunque débiles las primeras voces negociadoras.

Tal vez al acostarse, la gente del pueblo israelí piense en los palestinos. Tienen experiencia sobrada para saber qué es una «diáspora». Pero esos minúsculos ecos de conciencia se adormecerán ante las compensaciones de la vida familiar. En los campamentos de refugiados, en los territorios ocupados, en el interior de Israel otros se afanan por materializar los anhelos palestinos.

Hace más de veinte años que el ciudadano corriente ve asombrado como se le vienen encima las guerras, participa en ellas casi con el mismo asombro, y luego, una vez pasada la contienda se pregunta si será la última. Una ligera inquietud se apodera de él. Las guerras le han dado a Israel la victoria militar, pero las diferencias entre árabes e israelíes no han sufrido variación sensible. En lo que concierne al pueblo palestino se han agravado.

Se trata de una historia antigua que comienza hace 22 años; o medio siglo; o cuatro mil años. Es tan vieja como el recuerdo de Auschwitz, Buchenwald, Treblinka; o viene cargada de aires de socialismo utópico, de cuando el mundo se estremece al impulso del «fantasma que recorre Europa»; o trasciende el tiempo y se adentra en el recuerdo, en aquellos momentos en que la realidad y su visión poética novelada y temerosa, ha llegado a nosotros confundida en un mismo testimonio. La antigüedad depende en gran medida del punto a partir del cual comienzan a argumentar sus protagonistas.

Es también como la historia de un gran Guiñol donde parte importante de los actos y gestos de sus personajes han estado y están controlados por manos ocultas que le dan vida, y movimiento, sofisticada por las aspiraciones foráneas de dominar la zona. Bajo el escenario no hay

36 un feriante alegre y trotamundos sino una red complicada de intereses —los mismos presentes en otras zonas del mundo en conflicto— que se extiende sobre los verdaderos actores, adulterando y complicando los problemas, y limitando en grado extremo su margen de acción.

Los hechos —siempre los hechos— a fuerza de ser complejas las causas que los motivan, pueden, en una abstracción recapituladora, parecer sencillos. En síntesis son: instalación de un «Hogar Nacional judío» en Palestina a principios de este siglo, en oposición a la voluntad árabe, y con el apoyo de Gran Bretaña; declaración unilateral del Estado de Israel en 1948, declaración de guerra árabe a ese estado y primera derrota; nacionalismo árabe, «Revolución de los oficiales Libres» que liderea Gamal Abdel Nasser, nacionalización del Canal de Suez, agresión franco-británica de 1956, a la que se une Israel que para ese entonces ya se ha ubicado geográfica y políticamente; evolución revolucionaria en la zona, radicalización en Siria, y tercera guerra árabe-israelí en junio de 1967. Israel ocupa territorios de tres estados árabes: RAU, Jordania y Siria.

Hechos a los que se llega después de recorrer un laberinto de motivaciones complejas. Son los acontecimientos modernos recientes del conflicto, los que cuentan en nuestro momento histórico. Los que demuestran las alianzas contraídas, la causa defendida por cada beligerante. Pero hay un estado que se ha constituido sobre ese enorme yacimiento de petróleo que es el Medio Oriente.

Un estado, una nación, no es un kibbutz, ni una aldea. Ni tan siquiera una ciudad. Su presente necesita un pasado para tener futuro. Y ese pasado ha sido forjado partiendo de realidades históricas en parte inobjektivas. Israel ha recuperado para el pueblo judío emigrado a Palestina toda la vieja memoria del Israel bíblico, sus tradiciones, su religión, sus mitos, sus lugares sagrados. Mil ochocientos años después de la «Diáspora» ha tratado de engarzar al pueblo judío llegado de Europa con aquella imagen pretérita. Para ello ha sido necesario pasar por alto multitud de detalles que los árabes no dejan de señalar. Pero no hay nación sin historia, no hay pueblo sin tradiciones aglutinantes, sin pasado —promesa de futuro— que defender, y para Israel, con una voluntad tan fuerte y poderosamente estimulada a convertirse y mantenerse como estado, las cuestiones de detalle histórico no parecen ser fundamentales.

Para los israelíes la historia de Palestina comienza con la llegada de las tribus semíticas. De la implantación de éstas, su reunificación y posterior desarrollo cultural, nace el pueblo y la nación de la que se consideran herederos a pesar de un vacío de mil ochocientos años. Argumentos usados por ambas partes —árabes e israelíes— para defender posiciones divergentes.

La ciencia, que tomada como instrumento de trabajo no parece tener preferencia interesada por ninguno, ha venido desde hace tiempo probando que antes de la consolidación de las tribus hebreas, antes de su llegada a Palestina, ya otros pueblos habitaban esa zona. El origen de los cananeos, amorritas, jebuseos, se pierde en el mismo abismo del conocimiento por donde desaparece la historia de la presencia del hombre y la vida misma sobre la tierra. La amalgama de pueblos que antes y después de la «diáspora» judía siguen viviendo en Palestina, sufren todas las influencias que las invasiones futuras —Roma, Bizancio, Islam, Cruzadas, Turca— le deparan, es la que llega a nuestros días convertida en Palestina, sin interrupción en su presencia física en Medio Oriente.

Resulta así necesario abordar el problema árabe-israelí en su sentido histórico-pasado y moderno-presente. Los dos aspectos no tienen la misma trascendencia ni influyen de igual forma en las soluciones que barajan los interesados, los pueblos de la zona por un lado, y las grandes potencias por el otro.

Los Cuatro Grandes se preocupan por obtener una solución política del conflicto con un sentido extremadamente pragmático, que devuelva la zona a la tranquilidad que les es imprescindible para sus intenciones respectivas, que tácticamente coinciden en cuanto a las condiciones que es necesario crear como punto de partida. Los palestinos deben luchar sobre todo los frentes para recuperar sus tierras. Esos frentes están principalmente en los campos de batalla, pero es igualmente necesario volver al pasado para precisarlo.

No se trata de preciosismo para defender una posición, pues las únicas posiciones valederas están, haciendo abstracción de los estados, en los pueblos palestino, árabe, israelí y todos los que habitan la zona. Hay tan sólo una realidad objetiva, presente y pasada, que hacer patente, mientras los hombres que le integran se encargan de transformarla.

PALESTINA: TABLA HISTORICA*

Período	F a s e	Cronología aprox.
Edad de bronce	I Cananeo antiguo	2500-2000 (a.n.e.)
	II Cananeo medio	2000-1600 "
	III Cananeo reciente	1600-1200 "
Edad de hierro	I Palestino antiguo. 1 filisteo 2. israelí antiguo	1200- 600 "
	II Palestino medio: israelí medio	600- 300 "
	III Palestino moderno: 1 israelí reciente. 2 helenístico	300- 50 "
Imperio reciente	I Romano	50 a.n.e. 350
	II Bizantino	350- 636
	I Árabe primitivo	636-1100
	II Medieval (cruzado)	1100-1200
	III Árabe reciente	1200

* Historia de Israel (Tomo I), Giuseppe Ricciotti, Ed. Luis Miracle, S. A., 1966. Barcelona, España.

PALESTINA

Historia antigua

El valle de los ríos Tigris y Eufrates, donde la Biblia asegura que Eva aceptó deshacerse de su hoja de parra, es cuna de pueblos que se encuentran entre los más antiguos de la humanidad. Ambos ríos nacen en las montañas armenias y se alejan perezosamente el uno del otro hasta volver a unirse en las fronteras sureñas del actual Irak.

Los primeros pobladores, sumerios y acadios, semitas estos últimos, recibieron sus nombres de las llanuras en que se asentaron, *sumer* y *akkad*. El país situado al sur de Siria, llamado Palestina por primera vez en Herodoto, recibe el nombre por derivación fonética del apelativo de uno de los pueblos que lo habitaban, los *pelishtin* (filisteos), que se habían establecido en las costas mediterráneas en el siglo XII (a.n.e.) después de haber sido rechazados de los confines egipcios por el faraón Ramsés III. El río Jordán, que deposita sus aguas en el Mar Muerto, lo atraviesa de norte a sur.

La Biblia señala que antes de la llegada de las tribus hebreas, Palestina estaba poblada por los amorritas (amurru) que identifica con los cananeos (kanihni) de origen semita y con una civilización que se remonta al IV milenio (a. n. e.).

Las «Cartas de Tell El-Amarna», encontradas en 1887 en las ruinas de Akhetalon, capital de Amenofis IV, ofrecen amplios detalles de la época. En la correspondencia de los faraones Amenofis III y IV con sus gobernadores asiáticos (Cartas de Tell El-Amarna), hay numerosas referencias a estados y zonas de la antigua Palestina. Según ellas existían dos regiones: la primera va desde el puerto de Kadesh al puerto de Akka (frente al Monte Carmelo) y el Lago Tiberiades. Es el país de los amorritas. La segunda, la región inferior, es el de los cananeos.

Todos esos siglos, como afirman las Cartas de Tell El-Amarna son prolijos en rebeliones internas, intrigas entre jefes y caudillos locales contra la dominación egipcia o por obtener el favor de los faraones. Coinciden con la llegada de los «habirus» o hebreos.

LOS "HABIRUS"

Los «habirus», calificativo que en cananeo parece querer decir «gente de otra parte», llegaron a Palestina en dos aludes separados por varios siglos de distancia. La primera invasión tiene lugar hacia el 2500 (a. n. e.). Llegan junto con los arameos, se instalan, y construyen casas y murallas para facilitar su defensa contra ataques prolongados.

Las regiones centrales de Palestina, fértiles y paso obligado entre Africa y Asia, fueron a todo lo largo de su historia objeto de la codicia de los pueblos vecinos. Dominarlas significaba controlar rutas comerciales y de conquista. La infiltración de las tribus hebreas tiene en un principio ese sentido. Los «habirus» llegan atacando a los aborígenes y con-

- 40 **virtiéndoles en esclavos.** Otras veces se instalan simplemente en las tierras deshabitadas junto a los cananeos.

Hasta su llegada a Palestina los «habirus» llevaron una existencia nómada en los bordes de Mesopotamia dedicados al bandidaje, e incluso vendiéndose como esclavos. A los ojos de sus contemporáneos eran merodeadores, bandidos, y soldados de fortuna. No constituían una unidad étnica, aunque predominaba entre ellos el elemento semítico.

Está históricamente demostrado que Israel no llegó nunca a dominar totalmente la Palestina bíblica, el Eretz Israel reclamado hoy por algunos sionistas extremistas. Las llanuras costeras estuvieron siempre en manos de los fenicios.

La primera mención histórica de Israel se encuentra en la «Estela de Meneptah» que data del último cuarto de siglo XIII (a.n.e.). Se le menciona junto a Canaán, Gezer, Ascalón, Yann'om. La «Estela de Meneptah», faraón que en 1223 (a.n.e.) envía una expedición contra la Palestina en revuelta, afirma que las tribus de Israel vivían todavía nómadas por las regiones del Sinai.

La otra oleada de «habirus» llega por las zonas desérticas del Sinai procedente de Egipto de donde huyeron por el 1165 (a.n.e.) debido a la reacción egipcia contra los extranjeros. Mandados por Moisés, estos «habirus» huidos de Egipto constituirían más tarde las tribus de Judá, que se instalan en la región semidesértica de Palestina.

Las guerras contra los invasores externos y las rebeliones internas contribuyen de forma notable a la unión de los hebreos bajo un mando único, y Seúl (1028-1013 a.n.e.), jefe de una de ellas, se convierte en su primer rey. A su muerte le sucede David, de la tribu de Judá, que crea el reino de Israel. David, con la conquista de la plaza fuerte de Jerusalén, habitada por los jebuseos consolida su poderío e instala su residencia en el Monte Sión donde edifica un templo al dios de la tribu Jehovah. Le sucede su hijo Salomón que reina despóticamente hasta que a su muerte su reino se escinde en dos: Judea e Israel.

El primero, Israel, debilitado por las luchas intestinas fue conquistado por los asirios en el 722 (a.n.e.). Judea, más estable termina invadido algo después por el faraón egipcio Nekkao. Posteriormente el rey Babilonio Nabucodonosor toma Jerusalén, quema el Templo, y hace cautivos a los judíos. Desde entonces Judea deja de existir como reino independiente.

Tras el breve reinado israelí, Palestina se verá de nuevo sometida a invasiones e influencias externas lo que es accidente permanente de su

historia. La cultura griega irrumpe en Palestina por el siglo tercero (a.n.e.) con las tropas de Alejandro Magno. Por los años 65 (a.n.e.) las legiones romanas comandadas por Pompeyo llegan a Palestina, sitian el Templo hasta su destrucción y toman Jerusalén. Los hebreos son vendidos como esclavos. La dominación romana se afirma, aunque el procónsul Casio nombra rey a Herodes por sus servicios a Roma. Herodes tiene la rara habilidad de ganarse el odio general del pueblo judío y, a su muerte estallan numerosas rebeliones, consecuencia de los desmanes de su reinado. Este nuevo período de revueltas culmina con otra destrucción del Templo en el año 70.

A partir de entonces la rebelión de los judíos se extiende a las colonias romanas de Chipre, Cirenaica, Egipto y Mesopotamia, mientras en las montañas de Palestina se organizan fuerzas bajo el mando de Simeón Bar Kojbá. Roma cambia sus generales en la medida en que éstos fracasan en aplastar las insurrecciones. El emperador Adriano envía al general Severo, que acaba con Bar Kojbá en el 135, destruye Jerusalén «hasta no dejar piedra sobre piedra», y destierra a los judíos. Con esa expulsión comienza la «diáspora».

Mitos y leyendas, unidos a una abundante literatura que habla desde la creación del mundo hasta su hecatombe prevista en el diluvio universal, fueron recogidos posteriormente en un solo libro que se conoce con el nombre de Biblia o Libro de los libros.

PALESTINA DESPUES DE LA EXPULSION DE LOS JUDIOS

Después de la expulsión de los judíos, la vida en Palestina continúa su azaroso curso *normal*. La dominación romana, la convierte al cristianismo, religión oficial en los últimos días del Imperio. Más tarde, en el siglo VII, la expansión del Islam la transforma en musulmana hasta nuestros días. La implantación del estado de Israel en época reciente introduce de nuevo el judaísmo, con lo cual tres religiones importantes, que ejercen influencia sobre millones de seres, se concentran en ese minúsculo estado de 27 mil kilómetros cuadrados. Hasta la invasión de Bizancio, Palestina existe como «provincia Arabia» del imperio romano. En los años de dominación bizantina se organizan las culturas sirias, copta, armenia, georgiana y egipcia, con lo que los pueblos del Medio Oriente van recobrando su personalidad propia.

42 A principios del siglo VII toda el Asia Menor, incluida Palestina, cae en poder del Imperio Sasánida, que se había desarrollado en el actual Irán y se extendió hasta el río Indo. Las guerras entre los imperios bizantino y sasánida debilita a ambos enormemente, hasta que otro contendiente, salido de la península arábiga, se abalanza sobre los dos al mismo tiempo.

El pueblo árabe, casi desconocido, se había unificado con el impulso de una nueva religión. En pocos años conquistó todo el imperio sasánida junto a las provincias asiáticas y africanas del imperio bizantino. El Islam, surgido de esas conquistas árabes, sería una de las civilizaciones más brillantes.

Los árabes habitaban desde mucho antes de nuestra era la península arábiga, eran camelleros y llevaban vida nómada. El espíritu tribal, fuertemente arraigado entre ellos, les mantuvo en guerras intestinas casi permanentes que le impiden durante siglos unirse. Su religión está emparentada con viejas creencias semíticas, y sus cultos se circunscriben a reunirse alrededor de determinadas piedras sagradas. El único elemento unitario por esos siglos es la lengua común.

En las inhóspitas y desérticas regiones de la Arabia nace Mohamed —Mahoma— que predica una nueva religión a los árabes. El dios que concibe, Allah, es uno y todopoderoso, y exige del hombre una absoluta sumisión del corazón, islam. El único milagro en esta religión es el de la fe, considerada don interior. Para el creyente el islam sólo exige agradecer a Allah, y ser leal y generoso con los demás.

En el año 622, un pequeño grupo inicial se reúne en Yathrib, rebautizada posteriormente como «Medina (ciudad) del Profeta», y comienza la *hijra* (Hégira), punto de partida de era musulmana. Mahoma, el Profeta, no sólo predica la fe, sino que organiza a su comunidad y llama al *Jihad* (guerra santa) contra sus enemigos, para someterlos a sus creencias por la fuerza. A su muerte, ocurrida en el año 632, Mahoma ha dejado organizado un régimen social superior al tribal y una religión que se convierte en el factor aglutinante de las tribus árabes. Las enormes conquistas que realizan les van a mantener unidos a pesar de las numerosas diferencias internas que subsisten.

Siria cae en manos de los árabes en el 636. Irak en el 637, Egipto en el 642 e Irán en el 651. Por el Asia Menor los árabes llegan hasta Sir-Daria, que se convierte en la frontera oriental de su imperio. Luego

conquistan el norte de Africa, y de allí pasan a España. Un siglo más tarde llegan hasta Poitiers, donde son rechazados por Carlos Martell (732).

La prolongada dominación árabe sobre Palestina —del 637 al 1072—, y la fusión de éstos con los pobladores aborígenes determina la actual composición étnica del pueblo palestino. La dominación árabe marca asimismo a todos los otros pueblos de la región, sirio, iraquí, jordano, egipcio y les da un basamento común de tradición, lengua y religión.

Las sucesivas invasiones a que se verá sometida Palestina tras la decadencia del Imperio musulmán, no le privarán jamás, al igual que a los otros pueblos de la zona, de su carácter árabe, que conserva hasta nuestros días. En época de las Cruzadas, musulmanes y judíos son perseguidos por los cruzados que querían recuperar los «Santos Lugares» para el Cristianismo.

La situación se normaliza con la conquista de Palestina por el Sultán Otomano Selim I en el año 1516.

LOS JUDIOS EN LA "DIASPORA"

La intervención de las legiones romanas contra la rebelión de Bar Kojbá tiene como consecuencia la expulsión de la mayoría del pueblo judío de Palestina. Otros huyen por voluntad propia. Durante siglos se extienden por las rutas del Imperio romano: Egipto, Babilonia, Asia Menor. En el siglo IV, ocupan puestos de importancia en España, y al término de ese mismo período han llegado a orillas del Rhin.

Los «sefardim» (judíos sefardistas); en gran número ricos banqueros y comerciantes, bastante asimilados culturalmente en formas diversas a los sitios donde residen, y en ocasiones emparentados con familias nobles de la Península Ibérica, empiezan a constituir una casta aristocrática. En España los judíos sefardíes, conocidos como marranos, se asimilan a las comunidades donde viven, hasta que en 1492 los Reyes Católicos, que con la conquista de Granada acaban de realizar el viejo sueño de unidad política y territorial de su reino, comienzan a ver en los judíos un elemento peligroso para la recién obtenida reunificación y les expulsan de sus dominios. Cinco años más tarde, el rey Manuel de Portugal, yerno de los Reyes Católicos, les destierra de los dominios de la corona portuguesa.

- 44 Los sefardistas expulsados se orientan a las áreas del Mediterráneo, hallando refugio en tierras del Imperio Otomano que siempre fue tolerante con ellos.

Durante la dominación visigoda y principalmente en el reinado de Sisebut, los judíos son perseguidos por los godos que querían obtener su conversión. Debido a estas persecuciones los judíos vieron bien la invasión árabe de España y la ayudaron, pues los musulmanes eran tolerantes y respetuosos con sus creencias y cultos religiosos.

A lo largo de la dominación árabe de España los judíos ocupan puestos de preeminencia en los Califatos y se integran perfectamente en ellos. El judío Hasdai Ben Chaput, llegó a ser ministro del Califa Abderrahman III, en la época más brillante del dominio árabe en España. Con la llegada de los almoravides, que limitan los estudios hebraicos, se produce un éxodo judío hacia los estados cristianos.

SIONISMO

Entonces marchó el rey con sus hombres a Jerusalén contra los jebuseos que moraban en aquella tierra los cuales hablaron a David diciendo: tú no entrarás acá, pues aún los ciegos y los cojos te echarán (queriendo decir: David no puede entrar acá).

Pero David tomó la fortaleza de Sión la cual es la ciudad de David. Y dijo David aquel día: Todo el que hiera a los jebuseos, suba por el canal y hiera a los cojos y ciegos aborrecidos del alma de David.

(II Samuel, 5:6-8)

Sionismo, en su acepción más simple, original, es el movimiento que surge entre los judíos europeos por la segunda mitad del siglo XIX y propugna el retorno a Palestina, considerada la «patria bíblica». Su nombre lo toma por derivación de la colina de Sión, una de las dos sobre las que se asienta Jerusalén. Allí los jebuseos, que la habitaban antes de la llegada de las tribus hebreas, habían construido una fortaleza que por su situación estratégica era considerada inexpugnable. Sólo David consiguió tomarla y a partir de entonces se le conoció como «Ciudad de David».

Sus antecedentes son numerosos. En un principio son sólo ideas impulsadas por soñadores poéticos. Una añoranza que se transmite de padre a hijo mediante la tradición cultural conservada inalterada con el paso de los años en relatos religiosos y míticos. El antisemitismo europeo ayuda a concretar el Sionismo. Fundamentalmente con el ascenso del nazismo en Alemania. El es quien le dará su último impulso a la aspiración hasta entonces perezosamente manifestada por los judíos de la vieja Europa que preferían emigrar a las «tierras de promisión» de América del Norte.

En contradicción con la asimilación que pretende solucionar el problema de este pueblo mediante su integración en las sociedades donde habita, los propugnadores del Sionismo sostienen que sólo en Palestina (Sión) puede dársele contenido y forma al ideal social y humano del pueblo judío expresado en su religión mantenida a través de los tiempos.

Antecedentes históricos

En 1842 el judío-inglés Benjamín Disraeli publica la novela «Tancredo» que puede considerarse como el primer antecedente literario del Sionismo. Después de él Moshé Montefióri y el barón de Rotschild fundan en 1870 a 1896, 17 colonias agrícolas en Palestina.

La conciencia de pueblo en la Diáspora, comienza a revitalizarse desde mediados del siglo XIX. Aparece en un momento de renovación histórica de las ideas y el pensamiento político que impulsa las profundas transformaciones sociales provocadas por la revolución industrial iniciada en Inglaterra. Junto a estas conmociones sociales hace su aparición el antisemitismo moderno.

En un principio, Palestina no es la única alternativa que han considerado los judíos dispersos por el mundo. A comienzos del siglo XIX el judío norteamericano Mordechai Noaj pretende fundar en Estados Unidos el primer estado judío que llevaría el nombre de «Ararat».

Al concretarse el movimiento sionista aparecen los primeros impugnadores de la idea del retorno a la Patria Bíblica. Hay hombres que señalan que Palestina no es un territorio libre, que otro pueblo vive y ha organizado su existencia en aquellos lugares. Se piensa en Argentina; en Uganda (e incluso en Chipre) países que tienen vastas regiones despobladas, como lugar de posible reunión y asentamiento del pueblo

46 judío. Pero esas voces, pocas y tímidas, no van a encontrar eco, entre otras cosas, porque la reunificación del pueblo judío, en el siglo XIX, tampoco parece que vaya a realizarse mañana. La discusión del lugar de destino permanece opacada ante la necesidad misma de llevar a la práctica el movimiento sionista que no se propaga ni con la fuerza ni con el entusiasmo que habían previsto sus iniciadores. Sus impulsos primeros arrancan siempre de un acto antisemita. En Rusia, Lilienblum, influido por los pogroms de 1881 hace un llamamiento al retorno a «la patria bíblica». Bajo las mismas influencias, el médico ruso-judío León Pinsker publica en 1882 el folleto «Autoemancipación», que parte del fracaso de la emancipación legal del judío, que según él afirma, «no trajo cambios en la actitud de los pueblos hacia el judío».

En Jarkov, grupos de estudiantes judíos propugnan la fundación de colonias agrícolas en Palestina, la purificación «en la naturaleza» y el trabajo, tan presente en la obra de Tolstoy, influye en esos jóvenes. Sin embargo sólo unos miles de judíos militan todavía en este sionismo incipiente. En 1884 tiene lugar en Katowice una conferencia judía que establece los rudimentos de una organización. León Pinsker es elegido presidente y Lilienblum secretario.

Theodoro Herzl

Francia 1894. El caso Dreyfus que sucede a las revelaciones sobre el espionaje militar alemán ha causado un gran revuelo. Técnicos militares franceses y alemanes estudian sistemas para perfeccionar su equipo militar tradicional. Hasta ahora los tubos del cañón van montados sin ninguna unión elástica que amortigüe el choque del retroceso. Después de cada disparo hay que volver a colocar la pieza en su lugar y alinear de nuevo sus órganos de puntería con el objetivo. Los franceses estudian la introducción de medios que permitan un retroceso elástico frenado del tubo con lo cual se evita la pérdida de puntería y se gana tiempo. Alemanes y franceses se espían mutuamente. La embajada alemana en París ha obtenido informaciones altamente confidenciales sobre las investigaciones francesas que sólo estaban a la disposición del Estado Mayor del ejército francés. El asunto llega a conocimiento del Servicio de Contraespionaje francés que acusa al capitán Dreyfus, de origen judío, de alta traición. Theodor Herzl, periodista austro-judío reporta los sucesos. El «affaire Dreyfus», que

de una parte trata de encubrir la incapacidad de algunos funcionarios de la inteligencia militar francesas de la época, pone al descubierto el sentimiento antisemita imperante en altas esferas del gobierno. 47

El periodista Herzl, nacido en una familia burguesa, hasta entonces partidario de la asimilación, cambia radicalmente y desde entonces se le recuerda como el padre del sionismo. Más tarde, en su libro «El Estado Judío», propone por primera vez los medios teóricos y prácticos para la reunificación del pueblo judío en Palestina.

Para estos primeros «sionistas prácticos», no pasa desapercibido el hecho de que Palestina no es un territorio libre, que otro pueblo vive allí desde tiempos inmemoriales. Pero es la época de las conquistas coloniales, y al igual que en otros lugares, el retorno a Palestina va a ser enfocado bajo el lente de la «labor civilizadora». Para Herzl, instigador ahora de la reunificación, la implantación del pueblo judío en Palestina se presenta en términos de acuerdo entre grandes potencias coloniales y arreglos políticos.

El antisemitismo parece presentar de pronto un lado utilizable. «Los gobiernos que nos persiguen, había dicho ya Pinsker en su libro, «experimentarán tanto placer en vernos partir como nosotros en abandonarlos, y es evidente que la creación de un hogar judío no podrá hacerse jamás sin el apoyo de esos gobiernos». Años más tarde Herzl llega a la misma conclusión y sugiere que el pueblo judío podría constituir una especie de avanzada del «mundo civilizado» en aquellas tierras. En el Primer Congreso sionista celebrado en Basilea en 1897 Herzl declara: «Si S. M. el Sultán nos diera Palestina, podríamos comprometernos a regularizar las finanzas de Turquía. Para Europa formaríamos allá un valladar contra el Asia; estaríamos al servicio de los puestos de avanzada de la cultura contra la barbarie».

Estas ideas colonialistas, claras para los instigadores del movimiento sionista, despiertan en el judío perseguido y atemorizado por los «pogroms» europeos el deseo de encontrar un lugar donde establecerse en el mundo, libre de persecuciones. Esa esperanza repentina de redimirse del europeo le va a impedir desgraciadamente comprender en toda su magnitud la histórica decisión que apoyaban a expensas del pueblo palestino.

La colonización que van a efectuar es empero «sui generis». No se trata de conquistas militares. Su colonización, según la imaginan los más altruistas, va a ser con el trabajo y el esfuerzo propios. La Agencia judía «Jewish Company» se encargará después de poner sus fondos al

48 servicio de la implantación judía. En esta época sólo hay 50 mil judíos en Palestina al lado de 600 mil palestinos. «El Estado judío» de Herzl señala minuciosamente los detalles de la emigración masiva y el asentamiento. La «Jewish Company» creada por él, se encarga de financiar las expediciones «a la manera de las grandes compañías colonizadoras». La «Society of Jews», gestor de los judíos como le llama Herzl, es la organización política internacional.

A la muerte de Herzl en 1904, Jaim Weizman, su sucesor, obtiene las primeras decisiones concretas para la implantación de los judíos en Palestina. En noviembre de 1917 el gobierno británico, mediante una carta de Lord Arthur Balfour al barón de Rotschild,¹ conocida históricamente como la «Declaración de Balfour»,¹ autoriza la implantación de un «Hogar nacional judío» en Palestina.

Después de Balfour

Después de la «Declaración de Balfour» y hasta la Segunda Guerra Mundial, la suerte de la emigración judía a Palestina va a sufrir las altas y bajas de los intereses británicos en la zona. Estimulada unas veces, desestimulada otras, el poder de decisión sobre la emigración judía se convierte en un instrumento político en manos de Inglaterra que la utiliza como medio de chantaje contra los árabes.

El 22 de septiembre de 1922 la Sociedad de Naciones bajo presiones de la colonia judía mundial concede a Gran Bretaña que todavía propicia la emigración judía el Mandato sobre Palestina, y crea la Transjordania. Hasta el Mandato, el porcentaje de la población judía en la zona pasó del 10 al 22 por ciento. Desde entonces la lucha de los árabes por su liberación implica a su vez la lucha contra la emigración sionista la que consideran parte integrante de la colonización británica. Los ingleses explotan las diferencias entre árabes y judíos y llevan a cabo un doble juego, tan pronto al lado de unos como de otros. Nace el terrorismo judío en las organizaciones Irgun y Haganah impulsadas por nacionalistas extremistas como Jabotinsky Zeer que se opone al Mandato británico y a los árabes y estima que el estado judío debe ser declarado abiertamente como la aspiración oficial de la emigración.

El movimiento sionista sigue todavía dividido al menos en el terreno teórico. Max Nordau que se había asombrado en un principio cuando

¹ Ver en este número pág. 32. (N. de la R.)

supo que Palestina era un territorio ya habitado, después de Balfour aboga por la emigración masiva. Otros como Jaim Brenner niegan toda tradición judía. «No tenemos nada que ver con el judaísmo», afirma Brenner, «el problema de nuestra existencia es encontrar un trabajo productivo». Para Martin Buber sólo entra en consideración la idea del hogar judío y se opone a la constitución de un estado. Beer Borojov, considerado marxista-sionista, afirma que no sólo se trata de la existencia de tradiciones religiosas y una cultura, sino que se necesita un territorio donde realizarse.

A comienzos de la década del 30, el movimiento de liberación árabe está en pleno apogeo. Para atraerse a los árabes Inglaterra intenta frenar la inmigración judía, que por otra parte, debido al recrudecimiento del antisemitismo en Alemania, se había intensificado.

La reacción árabe contra Gran Bretaña se acrecienta después de la publicación del «Command Paper No. 1700» conocido con el nombre de Libro Blanco de 1922. El Command Paper No. 1700 decide ampliar la comunidad judía en Palestina independientemente de las consideraciones de los árabes.

La «Jewish Agency» reitera sus presiones sobre el gobierno británico para que estimule la emigración de los judíos europeos a Palestina, y sobre todo para alterar la esencia de la Declaración de Balfour concedida para el establecimiento de un «hogar judío» en Palestina, y darle nuevo carácter transformándolo en estado.

En Alemania cobran fuerza las corrientes antisemitas. Aparecen desde principios del siglo XIX artículos y libros que preludian la posterior definición racista del partido nazi. El racismo alemán y sus manifestaciones antisemitas arrancan en su origen más inmediato de la obra de Nietzsche, Spengler y Rosenberg. Alrededor de ellos se desarrolla una literatura que provocaría años después la transformación de los valores humanos. «Debido a la extrañeza con que participa en la vida del pueblo anfitrión, dice Spengler, el judaísmo juega un papel destructor».

Son las ideas que junto al renacimiento del militarismo empiezan a conformar la estructura ideológica del nazismo. De esta época es la temprana e insólita confesión del entonces recién graduado «bildungssoffizier» Adolf Hitler que afirma: «en toda confianza, podemos llegar hasta el límite de lo inhumano, si con ello devolvemos la felicidad al pueblo alemán».

50 El primero de abril de 1933 unos días después de la toma del poder por los nazis en Alemania, Hitler proclama el boicot a los productos y tiendas judíos. Al grito de «Juda Verrecke» las S. A. (tropas de choque) y SS (tropas de protección) salían a las calles de Berlín atacando a los judíos que encontraban a su paso y saqueando sus comercios. Desde entonces el antisemitismo quedaba inscrito oficialmente en la política del Reich.

Simultáneamente han ocurrido cambios en la correlación de los intereses imperialistas en el mundo. Entrada la década de los 30, Gran Bretaña ha comprendido ya que debido a la preponderancia de la colonia judía norteamericana en el movimiento sionista internacional, el establecimiento de los judíos en Medio Oriente puede convertirse en un caballo de Troya para el propio imperio británico. Asimismo en 1928 han empezado a producir los ricos yacimientos petroleros de Irak, y los ingleses tienen prisa en conquistar el favor de los árabes. Seguir apoyando a los judíos se ha convertido para ellos en un doble inconveniente político y estratégico. La organización terrorista Haganah se vuelve contra Gran Bretaña que de todas formas hasta el fin del Mandato seguirá jugando a las cartas árabe y judía, según las necesidades de su política.

A fines de 1943, a pesar de los impedimentos puestos a la inmigración judía, en Palestina hay ya 519 mil judíos. Desde la década del 30 los judíos en Palestina comienzan a entrelazarse estrechamente con el capital sionista internacional principalmente norteamericano. Se llevan a cabo numerosas realizaciones económicas como resultado de esa concertación de intereses; desarrollo y ampliación del puerto de Haifa, pipeline desde Karkouk hasta Haifa, se crean compañías para la explotación de materias químicas en el Mar Muerto. Igualmente las subvenciones del fondo sionista internacional, los empréstitos, las hipotecas sobre las tierras propiedad de los árabes, la competencia desigual con éstos, hacen que en el plazo de varias décadas la tenencia de la tierra haya variado sensiblemente. El campesino palestino ha ido dependiendo cada vez más del sistema de comercialización de sus productos montado por los inmigrantes judíos. A fines de la Segunda Guerra Mundial, los judíos poseen en la provincia de Safad el 18 por ciento de la tierra, en Haifa el 35, en Nazareth el 20, en Beisan el 34, en Tiberiades el 38, en Tulkarm el 17, en Jaffa el 39.

Después del triunfo de las fuerzas aliadas contra Hitler, cuando se ponen de manifiesto las atrocidades del nazismo, se apodera de Europa

un fuerte sentimiento a favor de la emigración definitiva del pueblo judío a Palestina. La intelectualidad de izquierda europea encabeza el movimiento. Esta actitud calificada posteriormente por los árabes como «complejo de culpa», va a agravar el problema árabe-judío, pues se concretará al fin del Mandato británico en 1948 con la proclamación del Estado de Israel.

En 1945, el presidente Truman en persona solicita la autorización del gobierno británico para la emigración urgente de 100 mil judíos europeos. En esa coyuntura internacional, Gran Bretaña sólo presenta una débil oposición.

La hipersensibilidad pro-judía de la posguerra va a permitir que de nuevo, en el plazo de menos de medio siglo, se vuelven a tomar decisiones internacionales que afectan a los pueblos árabes, contra la voluntad de estos. La emigración sionista a Palestina se intensifica, y con ella las fricciones entre árabes y judíos. El sionismo internacional toma como argumento esa difícil convivencia árabe-judía estimulada por las organizaciones terroristas, y argumentando la existencia de una colonia importante en Palestina presiona en aquellos países donde la colonia judía es poderosa hasta obtener que se discuta el reparto de Palestina entre las dos comunidades. Desde noviembre de 1947 en las Naciones Unidas se discute el caso.

En Palestina los judíos han tomado ya una decisión: proclamar el Estado de Israel al fin del Mandato británico. Sus organizaciones terroristas intensifican campañas para atemorizar a los árabes y obligarlos a emigrar. El 9 de abril de 1948 tiene lugar en el poblado de Deir Yassin el acto terrorista de mayor envergadura: 250 ciudadanos árabes, entre ellos mujeres y niños son masacrados.

Al mes siguiente, el 14 de mayo de 1948, David Ben Gurion proclama el Estado de Israel. Su constitución es la primera piedra colocada en el edificio que había previsto levantar el sionismo.

El estado de Israel, que se nutrirá de la emigración de judíos europeos, cultural y técnicamente más avanzados que los árabes, o receptor de una ayuda económica cuantiosa procedente de la organización sionista internacional y las retribuciones de guerra pagadas por la RFA, edificará en pocos años una próspera economía calificada por muchos como «milagro israelí». Hasta 1966, después de su constitución, el Estado de Israel recibió entre préstamos, restituciones de guerra, créditos y donaciones cerca de diez mil millones de dólares, 5 veces su presupuesto anual.

52 En los primeros meses de 1948, cuando el terrorismo está en su fase aguda, unos 900 mil palestinos se ven obligados a huir, según cifras de las propias Naciones Unidas.

A pesar de toda la enorme ayuda financiera Israel no ha dejado de sufrir situaciones económicas críticas como la que confrontaba desde un año antes de la guerra de 1967.

Desde entonces, conferencias de millonarios judíos celebradas con regularidad, han venido sacándole de las dificultades en que le coloca su desproporcionado esfuerzo bélico. La última reunión de millonarios celebrada en junio de 1969 en Jerusalén concretó la realización de un oleoducto que enlaza el puerto de Eilat en el Golfo de Akaba con el puerto de Ashdod en el Mediterráneo. Destinado a sustituir el Canal de Suez aún bloqueado, el oleoducto, que ya ha entrado en funcionamiento, ha sido construido con el concurso de compañías internacionales de capital o propiedad judías.

El Estado de Israel tras su constitución, el sionismo internacional realizan una doble función que consiste en a) mantener a las fuerzas árabes concentradas en la batalla contra Israel, y b) Servir a los grandes intereses monopolistas internacionales para penetrar subrepticamente en Africa.

Las aspiraciones históricas del sionismo se encuentran de nuevo en período de recapitulación. De una parte aquellos que continúan propugnando la constitución del «Eretz Israel» el Gran Israel, que se extendería desde el río Nilo al Eufrates, los partidarios del mantenimiento del «statu quo» mediante una paz árabe-israelí que garantice a Israel lo que ellos han llamado fronteras seguras y paz, y por último voces tímidas que abogan por un entendimiento con los palestinos partiendo del reconocimiento de las dos entidades nacionales árabe e israelí con la perspectiva de constituir un estado separado para cada una de ellas.

Este breve esbozo de la relación de fuerzas y aspiraciones dentro del movimiento sionista viene a ser una traslación histórica de la misma relación que existía en sus albores. En aquella oportunidad, cuando nadie se acordaba del pueblo palestino, cuando la colonización era considerada un objetivo justo, sólo voces tímidas y minoritarias recordaban que Palestina era un territorio ya habitado. Ha quedado bien patente cuales son las fuerzas que triunfaron en aquella oportunidad.

Hoy día estas concepciones, esas nuevas voces tímidas chocan de nuevo con los poderosos intereses creados. En primer lugar la estrecha vinculación entre las altas esferas del gobierno israelí con el movimiento sionista internacional en una alianza que lleva implícita la garantía de la existencia del Estado de Israel y sus aspiraciones expansionistas por parte del sionismo (imperialismo) y la recíproca, la ayuda del gobierno israelí a la política imperialista en Medio Oriente y en África. En segundo lugar por la existencia de un pueblo palestino en armas, despojado de sus tierras, que combate por la reconquista de la patria perdida. En tercer lugar por un cansancio que empieza a notarse de forma tenue en algunas capas israelíes ante la permanente situación de guerra, y la ausencia de solución a esa situación a pesar de las victorias militares obtenidas por Israel contra los árabes en 1948 y 1967.

La Habana, abril 1970.